

RAYMOND BOUDON,
L'idéologie: ou l'origine des idées reçues,
«Idées-forces», Fayard, París, 1986.

Con *L'idéologie* estamos ante un ensayo bastante irregular en la calidad de sus aportaciones y que, en más de un sentido, representa un trabajo poco acabado o riguroso, como reconoce el propio autor.¹ No obstante, el libro ofrece, en mi opinión, dos grandes contribuciones que vale la pena subrayar. La primera es que Boudon curiosamente se ha convertido en un interesante capítulo de la sociología contemporánea. A lo largo de su obra de las dos últimas décadas, el autor sintetiza todos los intentos matemáticos serios de búsqueda de solución a los problemas de la *Teoría de la acción social*. Su biografía intelectual, internacionalizada a partir de su coedición con P. F. Lazarsfeld de *Le vocabulaire des sciences sociales*, que recoge gran parte de los artículos presentados por P. F. Lazarsfeld y M. Rosenberg, e incluye varios ensayos propios,² le asocia desde entonces a la tradición de la escuela sociológica de Columbia y al desarrollo del instrumento estadístico asociado al análisis multivariante y a la *survey research*. El creciente interés de la sociología empírica inductiva por las *características sociales* de la acción y por los *procesos de decisión individual involucrados*

1. «J'ai bien conscience que, dans ce que précède, je me suis contenté de passer des jalons», p. 207.

2. La Haya, Mouton & Co., 1965, que recoge gran parte de los artículos compilados por P. F. Lazarsfeld y M. Rosenberg (1955), *The Language of Social Research*, The Free Press of Glencoe, Inc. y que incluye ensayos propios: «Operaciones tipológicas y teorías de facetas» (1965), vol. I de la traducción de Editorial Laia, 1973. «Observaciones sobre la significación formal de los índices», con P. F. Lazarsfeld, vol. I. «Propiedades individuales y propiedades colectivas: un análisis del problema» (1963), *Revue Française de Sociologie*, reproducido en vol. II, Laia, 1974. «Nota sobre la medida de rotación» (1970), en vol. III, Laia, 1975. «Métodos de análisis de las encuestas por panel» (1967), ponencia sobre métodos cuantitativos. En vol. III de Laia, 1975.

en fenómenos colectivos llevó, a partir de los años sesenta, a intentar el uso de procedimientos matemáticos alternativos que ofrecieran alguna solución a los problemas de correlación estadística una vez introducidas variables individuales y colectivas simultáneamente.³ Con sólida formación matemática, Boudon (1967) intenta un tratado más o menos acabado de modelizaciones matemáticas de los hechos sociales⁴ en el que ya se enfrenta a los límites del cálculo estadístico aplicado al sondeo por encuestas con variables contextuales e individuales con correlación equívoca. El artículo «*L'analyse des structures causales: le cas particulier de l'analyse contextuelle*», allí incluido, marca —no sin vacilaciones— su punto de separación de la teoría inductiva de la acción social, una vez constatados los límites del cálculo estadístico utilizado. Convencido de que cualquiera que sea el refinamiento del plan de observación y la diversidad de los datos recogidos, el análisis contextual no puede resolverse por la única vía de las encuestas y el análisis factorial, intenta buscar una modelización matemática alternativa.

Como dato curioso puede señalarse que, en esta ocasión, Boudon descarta la teoría de la imitación y la teoría de juegos «... dont les applications a l'analyse sociologique inductive sont, a ce jour, pratiquement inexistantes» (*ibid.*, p. 16). No obstante, en su *La logique du social* ya incorpora definitivamente la teoría de juegos iniciada por von Neuman y Morgenstern (1944) como instrumento de observación y análisis poderoso.⁵ Es difícil, sin un seguimiento específico a este propósito, determinar si la lectura (y la gran influencia) de Pareto, Weber y Simmel en la última década de su trabajo intelectual derivan de su afición por un nuevo instrumento que le permite, finalmente, consolidar matemáticamente el esquema de la acción social ordenada a fines, o si su utilización del instrumento matemático deriva de sus lecturas de la literatura sociológica clásica (por lo demás abundantemente utilizada en las ejemplificaciones de *L'idéologie*). En cualquier caso, y a su favor, Boudon hace una lectura inteligente y moderna de estos autores. Como en cierta forma reconoce («... j'ai mis assez longtemps à réperer les faiblesses d'un modèle dont j'avais d'abord admiré l'efficacité»,

3. El problema de la «paradoja ecológica» que trabajan Robinson, W., «Ecological correlations and behaviour of individuals», *American Sociological Review*, 1950, pp. 351-357; y Arrow, K., *Mathematical Models in the Social Sciences* en Lerner & Lasswell (1951); y *Social choice and Individual Values*, N.Y., Wiley, 1963, 2.ª ed.

4. *L'Analyse Mathématique des Faits Sociaux*, París, Librairie le Plon, 1967, 2.ª, 1970.

5. *La logique du social. Introduction à l'analyse sociologique*, Hachette, París, 1979. Traducción castellana, Rialp, 1981, p. 244.

L'idéologie, 236), él mismo podría constituir un interesante ejemplo de los efectos de «comunicación» y «epistémicos» que avanza más adelante en los capítulos VII y VIII.

L'idéologie, cuyo subtítulo es más afortunado, se centra en las creencias recibidas (*idées reçues*) presentadas como un comportamiento colectivo al que se pretende analizar desde la versión moderna del individualismo metodológico. Una vez convencido de la eficacia del método, Boudon se propone utilizar sus instrumentos conceptuales (ya generalizados entre matemáticos y economistas) en el análisis de este fenómeno de agregación social de comportamientos individuales,⁶ ejecutados por individuos socialmente situados.⁷ Con ello, aunque la tesis de fondo no aporta mucho a la teoría sustantiva sobre las creencias colectivas o ideología, su intento metodológico es muy valorable. En el fondo, su trabajo se reduce a una revisión más o menos minuciosa y acertada de las distintas contribuciones centrales al tema (cap. II), intentando analizar la adhesión a las ideas recibidas (creencias colectivizadas) como cualquier otro tipo de comportamiento. Este es su reto intelectual, y constituye la segunda gran bondad atribuible a su esfuerzo.

Ello le impone ciertas tareas. Ante todo, le impone la necesidad de delimitar su noción de *racionalidad* (cap. III) en busca de la posibilidad de hallar una fórmula de comportamiento comprensible (es decir, racional) del *homo ideologicus*. En primer lugar se distancia de la versión polémica de «ideología» (la ideología vista como «las ideas del adversario»), evitando caer en una «teoría ideológica de la ideología» (20-21). Entonces, y sólo con una noción laxa de racionalidad («buenas razones»), puede afirmar que las ideologías son un ingrediente natural de la vida social, que no necesariamente surgen *para bien* del hombre racional, sino *porque* el hombre es racional (p. 22) y porque es un actor *situado* que no puede ver naturalmente el mundo más que a través de un punto de vista situado. En este sentido, las *creencias colectivas* en ideas falsas o dudosas, o en ideas dotadas de excesiva credibilidad o indebidamente fundamentadas, pueden analizarse y explicarse comprensivamente (es decir, racionalmente) partiendo de la evidencia de las «buenas razones» (efectos de «situación») que han llevado a los actores sociales a adoptar tal comportamiento (actitudes o creencias).

Estas *buenas razones* pueden ser, según el autor, de tipo utilitario, teleológico (la *Zwekrationalität* de Weber), axiológico (su *Wertrationalität*

6. Problema inicialmente tratado en *Effets pervers et ordre social*, París, PUF, 1979. Traducción castellana, México, Premia Editora.

7. Cf. su *L'inégalité des chances*, París, Hachette, 1985.

nota 14, p. 294), o de otros tipos (p. 25), pero siempre encuentran su fundamento en un principio de autoridad (idea reiteradamente afirmada en el libro) que Boudon remite, en la modernidad, a la autoridad de la ciencia y sus aplicaciones.⁸ De esta forma, su *versión restringida* de ideología le conduce a una *racionalidad de posición* (cap. I), a *buenas razones* con fundamento en teorizaciones (más o menos científicas, ya lo veremos más adelante) legitimadas e interesantes que llevan al actor situado a «hacerle creer lo que cree creer» (p. 25). Las creencias en proposiciones prescriptivas o descriptivas no revelan ningún criterio de verdad-falsedad sino que son interpretadas como racionales, es decir, como *comprensibles* a partir de la situación de los actores y de sus disposiciones, a partir de lo que Boudon llama la «racionalidad situada» (p. 128).

Se plantea entonces el problema sociológico central: Si la ideología tiene un fundamento en la autoridad de las ideas científicas, ¿es razonable ver como comprensible (es decir, como racional) un comportamiento que se adhiere a ideas falsas, dudosas o deformadas? (p. 18), y, en tanto tal, ¿por qué se difunden tales ideas? (p. 45). Porque se puede constatar que, en tanto interpretaciones inmediatistas sobre constructos abstractivos, ellas mismas distantes de lo real («tipos ideales» o «modelos de la ciencia», como los caracteriza el autor),⁹ las ideologías producen fenómenos de credibilidad excesiva sustentados particularmente sobre los que denomina efectos de «situación» y de «comunicación».¹⁰

Partiendo, pues, de una noción amplia de racionalidad (*buenas razones*) (cap. III), de una noción bastante indeterminada de autoridad científica (tanto las teorías propiamente científicas, cuanto las exegéticas, e interpretaciones «con garra», *à la Foucault*, pueden según Boudon convertirse en principios de interés y funcionan como «caja negra» que origina creencias importantes: cap. VII y VIII) y de una noción restringida de ideología (cap. V), pasa a señalar cómo las *ideas recibidas* componen ideologías. Su supuesto básico: los actores sociales están *socialmente situados*, y esta situación produce efectos diferenciados que caracteriza como efectos de *situación, de comunicación y epistémicos*.

8. Desarrollado particularmente en el cap. IV. Lo que entiende por «ciencia» queda muy confuso a lo largo del libro. En general, hace más bien referencia a *argumentaciones científicas*, aunque no descarta otro tipo de argumentaciones convincentes (cf., por ejemplo, p. 275).

9. Los modelos de la ciencia que trabaja —no muy afortunadamente en mi opinión— en su capítulo VIII, ya fueron esbozados en su *La place du désordre. Critique des théories du changement social*, París, PUF, 1984.

10. Distingue «creencias» de «modas», puesto que las *idées reçues* constituyen una categoría de efectos de comunicación y no de imitación.

En el capítulo VI trabaja detallada e ilustrativamente los efectos de situación distinguiendo: 1) los efectos de *posición* (social) que conllevan efectos de *perspectiva* (mayor o menor información social, diferencialmente distribuida); efectos de *inmediatez* (o mediatez), dada la disponibilidad combinada de información y posibilidad y que orienta a estrategias individuales o colectivas, respectivamente; efectos de *alejamiento* de óptica (por falta de información, por información inapropiada, o por lo esotérico de los fenómenos observados); y, finalmente, efectos de *rol social* (informaciones que lo agilizan). 2) Para los efectos de *disposición* parte del tratamiento lógico-epistémico de Hintikka (1962) sobre el interrogante clásico de si *saber que «yo sé»* debe ser tomado por el equivalente de *«yo sé que sé»*.¹¹ Introduciendo la negación en las dos partes de la proposición y jugando con variables más complejas forma un esquema de figuras de cognición en las que entran las creencias. Dichas figuras describen casos corrientes de la vida social, casos en los que un actor social, en presencia de un problema, y según la naturaleza del mismo y de sus propios recursos de información, puede utilizar las teorías como cajas negras, generando creencias falsas, sin que ello suponga ni irracionalidad de la acción ni determinismo ciego. Reseño brevemente los casos, abundantemente ilustrados en el texto (pp. 151-169):

- i) El caso clásico: saber que se sabe (p. 151).
- ii) El actor sabe que no sabe y que se trata de cosas difíciles. Con frecuencia se apoyará en el método de traspolación: las «lecciones del pasado» (Ilustra con E. May y con F. Ferkiss).¹² El método de respuesta por extrapolación, aunque ciertamente un instrumento de legitimación de creencias siempre se ve amenazado de refutación.
- iii) Caso al que confiere importancia para la teoría de las ideologías: el actor no conoce la solución del problema pero tiene ideas acerca de soluciones posibles, aunque no puede, argumentativamente, discernir entre ellas (caso que ilustra abundantemente A. Downs).¹³ Se recurre entonces al azar, a preferencias o creencias no sustentadas sobre experiencia acumulada, o pueden simplemente resolverse combinando efectos de posición y disposición (pp. 155-156).
- iv) Uno no sabe que no sabe y cree saber. La familiaridad con la naturaleza del problema lo hace accesible y lleva a conductas orien-

11. Hintikka, *Knowledge and belief*, Ithaca, Londres, Cornell Univ. Press, 1962, 5, 3, 106 y ss.

12. E. May, *Lessons of the past*, N.Y., Oxford Univ. Press, 1973; V. Ferkiss, *Futurology*, Londres, Sage, 1977.

13. A. Downs, *An economic theory of democracy*, N.Y., Harper, 1957.

tadas desde respuestas equivocadas. La complejidad del problema solo será puesta en evidencia al tener la respuesta. Lo ilustra con material de Tversky y Kahneman.¹⁴

- v) El caso, al que da gran importancia, en el que el actor responde fácilmente: tiene correctamente identificada la naturaleza del problema, pero no percibe su complejidad. Más que creer saber, aquí se está *convencido* de saber (p. 165). Lo ilustra finísimamente con su propio trabajo sobre igualdad de oportunidades y educación.

La teoría percibida como «caja negra», es decir, como referencia autorizada cuya estructura argumentativa se es incapaz de recomponer, es un fenómeno pertinente a todos los ámbitos del conocimiento. Pero hay que reconocer que la familiaridad, la cotidianidad y la diversificación de intereses de uso de las «teorías sociales», hacen de ellas un campo más propicio para el surgimiento de efectos de posición y disposición y para la generación de creencias falsas.

Estas creencias, comprensibles por efectos de situación, se difunden. En el capítulo VII, «*Ideologie et communication*», presenta estos efectos de difusión o comunicación que permiten la agregación de preferencias individuales. Boudon trabaja particularmente en referencia a grupos específicos, definidos por distintos criterios de agrupación, presentando, a través de la vieja idea de «colegios invisibles», el papel particular de los intelectuales en el reconocimiento y la difusión de las ideas. Como en el caso de los efectos de situación, aquí también distinguen diferentes mecanismos de difusión. Con detalle señala las distancias entre dichos mecanismos en las distintas ciencias (p. 188 y ss.) poniendo énfasis en los efectos combinatorios y de mediación que caracterizan los efectos de comunicación de las ciencias sociales, cuyos filtros de difusión resultan bastante inespecíficos. Cita varios casos de combinatorias de efectos que resultan paradójicos. En tales casos, teorizaciones inadmisibles científicamente alcanzan un gran grado de reconocimiento y difusión, confirmando, por efectos de situación, creencias falsas o dudosas (lo que él llama el efecto de comunicación por «cortocircuito»: cita el caso de Lysenko, Bourdieu, Foucault y McLuhan en las distintas ejemplificaciones).

En el capítulo VIII, finalmente, trabaja con los efectos «epistémicos» que no muy afortunadamente condensa en casi su totalidad bajo la tan manoseada noción kuhniana de «paradigma». Estudia el caso del utilitarismo

14. A. Tversky & D. Kahneman, *Judgement under uncertainty: Heuristics and biases*, Science, vol. 185, 1124-1131.

y el del funcionalismo, con no muy acertada diferenciación de los niveles y de los problemas, arrastrando quizás viejos vicios sociológicos que hacen trabajar a la Teoría de la Ciencia y a la Teoría del Método como simples «cajas negras». Por ello, como apuntaba al principio, resulta interesante. Boudon hace aquí mismo patentes los efectos de comunicación y epistémicos a los que están expuestos, no sólo los grupos «específicos», sino también los grupos «especializados».

Finalmente, las *idées reçues* tienen un origen tan complejo o más que el que el propio Boudon ha esbozado. Su difusión (o efecto de comunicación) viene además apoyado por poderosos intereses extracientíficos que gozan de perfecta «autoridad», con lo que su noción restringida de *ideología*, aún referida no a su uso o utilización sino a su gestación (*cf.*, pp. 279 y ss.), resulta demasiado estrecha. El libro, sin embargo, tiene las virtudes del paciente anatomista que se dedica a separar fibra por fibra la complicada red de una muestra de tejido muscular. Aparte, naturalmente, del interés que suscita por lo esbozado al comienzo de esta revisión.

ÁNGELES LIZÓN